



ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Más de 2.500 años después de que los totonacas danzaran en El Tajín, hoy zona arqueológica situada en Veracruz, los Voladores de Papantla mantienen vivo su espectacular ritual

Texto: Alejandro González Luna. Ilustraciones: Willy Ollero

A FLIGHT THROUGH TIME

More than 2,500 years on from when the Totonac people first flew through the air at El Tajín in Veracruz, the *voladores* of Papantla are keeping this spectacular ritual alive



ES En la punta de un palo de madera de 20 metros de altura, cuatro hombres esperan para lanzarse al vacío. En el centro, sobre una plataforma de apenas 25 cm, un quinto, llamado el caporal, gira sobre su eje mientras toca una flauta y un tamborcillo para rendir culto al sol y a los cuatro puntos cardinales. Desde abajo, la gente observa; algunos se tapan los ojos, otros graban con sus cámaras. Cuando el caporal da la indicación –obtenido “el permiso de los dioses”–, los voladores, vestidos con trajes de colores y un penacho en la cabeza, se arrojan de espaldas, bocabajo, atados por la cintura con una cuerda, y empiezan a volar alrededor del palo en una danza que simula la caída de los rayos del sol y de la lluvia. No son acróbatas. Son los hombres-pájaro, herederos de una de las ceremonias más importantes de la Mesoamérica prehispánica: el Kgosni. “Para nosotros –dice Narciso Hernández, presidente del consejo para su protección y preservación– se trata de un ritual con un profundo significado, asociado a la fertilidad. Cada vuelo alrededor del mástil es una ofrenda para asegurarnos buena cosecha”.

En castellano se conoce popularmente como el ritual de los Voladores de Papantla. El 90% de quienes aún lo practican, unos 600 en total, se concentran en esta localidad del estado de Veracruz. Es tierra de Totonacapan, cuna de los totonacas, el pueblo de los ‘tres corazones’ (tutu, ‘tres’, y nacu, ‘corazón’), considerados los ‘padres’ de la tradición. “Se trata del único municipio de México con tres denominaciones que son patrimonio de la humanidad: la zona arqueológica El Tajín, la Ceremonia Ritual de los Voladores y el Centro de las Artes Indígenas, que alberga una escuela para formar voladores”, señala el historiador Fernando Cruz Ticante. En el centro de Papantla, ante la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, los totonacas realizan su ceremonia cada sábado. Algunos lo hacen cada día en El Tajín, frente a la pirámide de Los Nichos.

Esta tradición, que podría remontarse al año 600 a.C., se practicaba desde el estado de Colima hasta tierras de Honduras y Nicaragua. Tras la

EN At the tip of a wooden pole 20 meters in the air, four men wait to launch themselves into the void. In the centre, on a platform measuring barely 25cm, a fifth, called the *caporal*, rotates while playing a flute and a small drum to honour the sun and the four compass points. People gather below. Some put on blindfolds so as not to look. Others begin filming. When the *caporal* announces, “The gods have given permission”, the men, in multicoloured garments, with plumes on their heads, launch themselves backwards, tied on only by ropes at their waists. They fly around the pole in a dance that represents rays of sun and drops of rain falling on the earth. They are not acrobats. They are flyers, heirs to one of the most important ceremonies of pre-Hispanic Mesoamerica – the *Kgosni*. “It’s a ritual with a profound meaning related to fertility,” says Narciso Hernández, chair of the Council for the Protection and Preservation of the ceremony. “Each flight is an offering to ensure a good harvest.”

The ritual is known as the Dance of the Flying Pole, the Dance of the Eagles, the Sun Dance Ceremony and – more popularly – the Ritual Ceremony of the Voladores of Papantla. Of the 600 or so *voladores* (flying men) still practising the ritual, 90 per cent are concentrated in the Mexican state of Veracruz. This is the territory of the Totonac, the people of the ‘three hearts’ (*tutu* means ‘three’ and *nacu* means ‘heart’). “This is the only city in Mexico,” says historian Fernando Cruz Ticante, “that is home to three names on Unesco’s World Heritage list – the archaeological site of El Tajín, the Ritual Ceremony of the Voladores and the Centro de las Artes Indígenas, which houses a school for flying men.” The Totonacs meet every Saturday in the centre of Papantla to conduct their ceremony in an open area in front of the parish of Our Lady of the Assumption. Some go every day to El Tajín, the home of the ancestors, to dance on a pole opposite the pyramid of Los Nichos.

The *voladores* have travelled from Asia to Europe, Africa and America. Some scholars date the



colonización española fue prohibido por la Santa Inquisición en algunos lugares, y en otros evadió la censura disfrazándose bajo un cariz lúdico e incorporando elementos del cristianismo. Pero gracias a la tenacidad de los totonacas y otras culturas de la región, ha llegado hasta nuestros días sin perder su sentido original. "Han sobrevivido figuras de cerámica de la época prehispánica con alusiones al ritual, también reliquias de los tiempos de la Colonia, como el Códice Azcatitlán, de 1530, donde vemos representaciones de los Voladores ataviados con alas angelicales", dice Jose Luis Perea, miembro del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Jose Luis, que fue director del sitio arqueológico de El Tajín, puntualiza que la ceremonia de los voladores se convirtió en una forma de resistencia cultural de estos pueblos para preservar "su cosmogonía, su forma de ver el mundo y de relacionarse con la naturaleza".

La ceremonia, en su forma original, empieza en el monte: tras una abstinencia general de 13 días, los integrantes van a buscar el árbol más alto y fuerte, piden perdón al dios del monte, Kiwkgolo, por cortarlo, y luego lo trasladan al pueblo sin que toque el suelo. Allí lo clavan, lo visten de bejucos que sirven de escalerilla, y suben uno a uno hasta la punta. Cada volador da 13 vueltas alrededor del mástil, sumando 52 en total, el número que representa un ciclo de vida en el calendario solar. "Dice la leyenda que el ritual surgió tras producirse una fuerte sequía –relata Narciso Hernández, totonaca que lleva más de 30 años volando–. Nuestros abuelos se reunieron y decidieron que había que subir a un palo para pedir perdón y solicitar a los dioses que trajeran las lluvias para fertilizar la tierra". De ahí que la fecha más importante para cele-

brar la ceremonia es la que coincide con el inicio de las cosechas, el equinoccio de primavera.

El también totonaco Diego Castaño empezó a volar con 15 años. Ahora tiene 50 y es caporal y miembro de la Unión de Danzantes y Voladores de Papantla. "Estar ahí arriba en el palo es como estar cerca de los dioses. Te comunicas con ellos, miras a tu entorno, ves la tierra, las plantas, las aves; y eres como el mediador entre el cielo y la tierra", explica. Para que la práctica no se perdiera, Castaño y otros voladores decidieron fundar la Unión en 1975. En la actualidad, "hay casi 300 niños preparándose para ser voladores –resalta Narciso–. Ahora nuestro compromiso no es solo con los totonacos, sino con toda la humanidad". En una época en la que hemos olvidado cómo mirar hacia arriba, afirma, "los danzantes tenemos el compromiso de subir al palo para hacer visible lo invisible. Es nuestro mensaje, nuestra forma de dar las gracias y promover, ahora que es tan necesario, el respeto por la naturaleza".

origin of the ceremony to 600BC. For a long time, it was practised from what is now the state of Colima, Mexico, to what are now Honduras and Nicaragua. Over time, the ritual took on different forms based on ethnic group and area. After Spanish colonisation, it was banned by the Holy Inquisition in some places, while in others it masqueraded as entertainment, incorporating Christian elements to avoid censorship. Thanks to the tenacity of the Totonacs and other cultures in the region, it hasn't lost its original meaning. "Ceramic figures dating from the pre-Hispanic era allude to the ritual, as well as relics from colonial times, such as the Codex Azcatitlan of 1530, in which one can see images of the voladores dressed in angel wings," says José Luis Perea, of Mexico's National Institute of Anthropology and History. José Luis, former director of the El Tajín archaeological site, points out that the voladores ceremony became a way for indigenous people to preserve "their cosmogony, their world view and way of relating to nature."

DÓNDE VER VOLAR WHERE TO SEE THEM FLY

La Ceremonia Ritual de los Voladores se puede presenciar en la explanada del Museo Nacional de Antropología e Historia de Ciudad de México, en el centro histórico de Papantla, en la zona arqueológica de El Tajín o en el centro histórico de Cuetzalan, en Puebla.

The Ritual Ceremony of the Voladores can be witnessed in Mexico City, in the space opposite the National Museum of Anthropology and History, in the historical centre of Papantla, at the El Tajín archaeological site, or in the historical centre of Cuetzalan, in Puebla.



Iberia ofrece dos vuelos directos al día entre Madrid y Ciudad de México. Desde allí puedes conectar hacia Veracruz en código compartido con Interjet. Reserva en iberia.com

Iberia offers two direct flights a day between Madrid and Mexico City. From there you can connect to Veracruz on a codeshare basis with Interjet. iberia.com



Duración del vuelo: 15h 10m

Flight duration:
15h 10m

The ceremony originally starts on the mountain. After 13 days of abstinence, the *voladores* search for the tallest, strongest tree, and ask forgiveness from Quihuicolo, the mountain god. They then cut it down and, without letting it touch the ground, move it to the village. They stick it in the ground, add some rungs, then climb to the top. Each man flies 13 times round the mast, totalling 52 flights, which represents the solar calendar. "The legend says that the ritual came about after a severe drought," says Narciso, a Totonac who has flown for more than 30 years. "Our forebears met and decided it was necessary to climb a pole to ask for forgiveness and to ask the gods to bring rain to fertilise the land." Hence the most important date for celebrating the ceremony continues to be the one that coincides with the beginning of the harvest – the spring equinox.

Diego Castaño, 50, first flew when he was 15. He's now a *caporal* and member of the Union of Dancers and Voladores of Papantla. "Being up there is like being near the gods. You communicate with them, look at your environment, the land, the plants, the birds. You're like the mediator between heaven and Earth," he says. In 1975, worried the practice was being lost, Diego and other *voladores* united to ensure the ritual would continue. They have successfully strengthened the tradition and the use of the Totonac language. "There are nearly 300 children being trained as *voladores*," says Narciso. "Now our commitment is to all of humanity." At a time when we have forgotten how to look up, he says, "we dancers have the commitment to make the invisible visible. This is our message, our way of saying thanks and of promoting respect for nature."